

30. Dharma y Lavap
30. 30. 30. 30.



PLUMA Y LAPIZ

SEMANARIO DE ARTE

ADMINISTRADOR
Arturo D'Alencon

DIRECTOR
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO
Cristóbal, Fernandez

PRIMER REDACTOR
Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443
□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,
□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 16 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 5

Certámenes literarios⁽¹⁾

Tarde, mal y con bastante retraso han dado por fin su fallo los jurados del certamen literario del Consejo de Letras. Como se supondrá los descontentos forman falange. Y lo más curioso es que han hecho su nido bajo el alero de la indignación, como sería humano y lógico, no solo los derrotados, sino que también ¡asombraos de ello! «les inmortels», los consagrados con el clásico laurel heleno.

Ahora cabe preguntarse los motivos de semejante indignación. Ellos son muchos y muy variados. En primer lugar, en el tema crítica, parece que han ocurrido cosas misteriosas y de suma gravedad, que ya van saliendo á la superficie, como los restos de un naufragio, en violentos artículos de diarios.

En segundo lugar, los «honrosos mencionados» andan por ahí luciendo unos rostros que les llegan hasta el último botón del chaleco y chillan más que un pato que han desplumado vivo. Y es natural. Las menciones honrosas, siempre han sido lo contrario, es decir, son menciones que deshonoran, por aquello de que hacen pensar en la casualidad, en la aplastadora casualidad, en la escapada milagrosa.

Eso es decirle á un escritor: «usted no tiene talento para escribir esto pero, como es un hombre viejo y no es conveniente evidenciarlo y además ha gastado tanto calzado, le damos este caramelo de la mención para que no lllore.»

Por nuestra parte siempre hemos creído que los jurados no están preparados para juzgar literariamente á la actual generación. La mayoría de esos honorables caballeros, son todo lo honorable que se quiera, pero con un apellido un sí es no es de origen azul, no se puede juzgar á la nueva generación compuesta exclusivamente de gente que no tiene otro abuelo que su talento. Sus audacias y rebeldías lo prueban fehacientemente y para ello no necesitan escudarse en el estúpido clasicismo de Cervantes ni en las añejeces del soporífico siglo de oro.

Bueno es ya que se haga una campaña en favor del nombramiento de jurados entre los mismos jóvenes escritores, que están bastante preparados y que no escudan su impotencia intelectual tras la montaña granítica de lo clásico—la palabra abominable.—MARTIN ESCOBAR.

Cada autor se hace responsable de sus juicios.

La Dirección quiere con ello dar entera libertad de pensamiento á los redactores de PLUMA Y LAPIZ cualquiera que sean sus tendencias literarias.



2.^a semana de Agosto

El aniversario de un gran duelo.—La noche triste.—Escenas del terremoto de 1906.—El olvido y la alegría de vivir.

Al recordarlo por un momento, nos parece un gran bien el que sea tan flaca la memoria humana y que la vidasepa triunfar de los más crueles desastres de la fortuna y del corazón.

En estas calurosas noches de Agosto, miro el ir y venir de la multitud de paseantes, la cara complaciente del vendedor instalado á la puerta de su tienda y del obrero que marcha con paso tardo á su taller. Y pienso que muchos de entre estos mismos vieron hace seis años, no más, consumidos en un instante sus bienes afanosamente acumulados, cuando no desaparecidos con ellos la familia para quien se había amasado esa fortuna.

...Eran las 8 y cuarto del 16, ya lo recordais, cuando el primer remezón de tierra hizo abandonar el comedor á las familias acomodadas que se regalaban á esa hora con el postre ó el café; hizo saltar de la cama al enfermo y al niño, arrastrándolo entre aterrados gemidos; hizo precipitarse hacia la obscura salida del conventillo al rebaño del trabajo y la miseria, revolviéndose á tientas entre las viejas paredes que se desgranaban sobre sus cabezas ó los sepultaban de golpe en el fango. El padre llamaba á su familia, la madre se abrazaba á sus hijos pequeños; las mujeres caían de rodillas dando gritos de misericordia, y el hombre de negocios, indeciso por un momento entre su oficina y su hogar amenazados de ruina, se resolvía al fin por los suyos en un arranque de humanidad, á veces abnegado y hasta heroico.

Los incendios despuntaban aquí y allá entre nubes rones sombríos. Un clamor inmenso formado por el alarido de millares de gargantas enronquecidas, subían del fondo de la ciudad. Y el suelo seguía estremeciéndose como el lomo de una bestia rendida por una larga carrera.



La mente en delirio no podía figurarse sino que el mundo entero se desquiciaba y se hundía. La vida entera iba á acabar con nosotros, y esta certeza de la catástrofe universal producía cierta conformidad religiosa, abrumadora. Los más serenos admitían la posibilidad de escapar con vida, pero á condición de abandonar Valparaíso en escombros á la cólera del mar, que debía tragárselo de un momento á otro. ¿Dónde edificar la ciudad, dónde plantar el toldo alrededor del cual se iría levantando una metrópoli marítima, mucho más amplia y más segura contra el azote de los temporales? Por último, algunos, más audaces se decidieron á pensar en la subsistencia, animando al despachero de la esquina á reabrir su negocio. La vida recomenzaba, y ya á la semana siguiente empezaba la obra irrefrenable de la reparación, la vida que recobraba sus fueros en el bullir callejero, en el vocear de los periódicos; hogares improvisados bajo cuatro puntales y unas cuantas planchas de zinc.

En las plazuelas, junto á las aceras despejadas, bullía el enjambre de los sin hogar, tendiendo la nariz al olorillo de las frituras ó retozando al margen del grifo de agua, abierto como un don del cielo después de los terribles días de sed y angustia. Luego los

rasgos de la ciudad se afirmaban de nuevo, caracterizándose en una ú otra parte por escenas anunciadoras de la eterna vuelta de la vida. Ya era un bautizo que pasaba en busca del cura instalado junto á la puerta en ruinas de su capilla; ya una pareja de novios que marchaba con su cortejo, como avergonzados de obedecer tan pronto á la ley inflexible que les mandaba echar al mundo otras criaturas que vieran á reemplazar á los caídos.

Y como si esto no bastara á demostrar la completa vuelta del hombre á su papel social, he aquí que despuntan las pasiones viles y mezquinas para probarnos que nada ha cambiado... Los jóvenes de la guardia de honor, ebrios, haciendo jugar el mecanismo de su carabina entre un corro de curiosos imprudentes. Más allá el especulador empeñado en hacer de la desgracia un auxiliar de su fortuna. Y más tarde la horda de los falsos damnificados cayendo sobre los millones de la jenercsidad fiscal ó extranjera, hasta no dejar absolutamente nada para los pobres, los tímidos, los torpes y los retrasados de siempre!



¡16 de Agosto! Cuadro todo negro y rojo, cuyo violento colorido de pesadilla se desvanece en el olvido de esta existencia presurosa, como el de una vieja tela espuesta por mucho tiempo á la cruda luz del sol. La exclamación con que se la recuerda termina en un suspiro, y hay en ese suspiro un movimiento involuntario de satisfacción y de alivio, en que salen confundidos sutiles recuerdos melancólicos é inquietos impulsos de alegría, como en los desahogos de un convalesciente que siente volver con el rayo dorado que entra por la ventana, la salud y la vida.

Quienes recordarán á los muertos! Tan sólo unos cuantos corazones fieles, de hijos y de novias huérfanas de su sostén ó su esperanza. El adolescente que en los claustros de la casa de beneficencia siente correr sus días uniformes como los trajes de los huérfanitos y frios de todo amor como los sombríos claustros. La jovencita «allegada» de las casas ricas, sumida en un papel equívoco y humillante entre la señorita de compañía y 'a sirvienta; ella que fué regalona y sabía en inocentes coqueteterías, con su hogar hoy en ruinas! También recordará sus muertos el matrimonio llegado á los lindes de la vejez, ya estéril, pero más envejecido todavía por la amargura de haber perdido en aquella noche triste de Agosto, el hijo, esperanza de su senectud, ó la hija, adorno y alegría de la casa!

Pero, ya lo hemos visto: la vida es más fuerte en estos duelos aislados, perdidos entre la ajitación de la multitud como troncos secos en una selva que los cubre con el verdor de sus renuevos. Ahora mismo, en vísperas del aniversario, el gentío bulle en las calles con su rumor de fiesta, jirando cerca de los escaparates fulgurantes con la inquieta y voluble movilidad de las mariposas.

E. MONTENEGRO